

Reseñas

Taewon Park. *Un día en la vida del novelista Kubo*.
Buenos Aires, Editorial Hwarang Editorial, 2023, 395 pág.

KARLA PATRICIA GANESHA MAIRENA GIL



La antología *Un día en la vida del novelista Kubo*, de Park Taewon (1910–1986), es un hito para el ámbito hispanohablante al presentar textos clave del modernismo coreano de la década de 1930. Escrita bajo la ocupación japonesa (1910–1945), la obra renueva la narrativa mediante la *modernología*, ofreciendo un detallado examen de la vida cotidiana en Gyeongseong (Seúl) que retrata el extrañamiento del individuo frente a una modernidad impuesta. El volumen reúne la novela corta homónima y doce relatos.

La novela corta *Un día en la vida del novelista Kubo* funciona como eje articulador de la antología al establecer el sistema narrativo y discursivo que organiza los doce relatos. En ella, Park Taewon construye a Kubo, alter ego literario y *flâneur* de la *Gyeongseong* colonial, cuyo deambular urbano se combina con un flujo constante de

pensamientos, memorias y actos introspectivos. A través de esta mirada metódica de la *modernología*, el paisaje urbano deja de ser un simple escenario del ocupante para recuperar su densidad histórica bajo la perspectiva del ciudadano coreano. Esta idea central permea toda la antología, permitiendo que cada relato explore recursos visuales y temáticos distintos; mientras unos profundizan en el mundo interno del individuo, otros exponen las crisis y tensiones de la vida colonial moderna.

La antología transita desde la exploración psicológica en *El bigote* (1930), a la vanguardia formal de *Distancias* y *El dueño del café Orquídea* (1936), donde la supresión del punto y aparte traduce la fragmentación de la vida moderna. Al mismo tiempo, en los relatos *Navidad*, *Fortuna* y *Lluvias* se documentan la precariedad económica y la desigualdad social con especial atención a figuras periféricas. Aunque los recursos varían desde el flujo de conciencia ligado a Kubo que aparece fuera de la novela, en el relato *Amor y deseo*, hasta las escenas fragmentarias de los cuentos posteriores, la unidad se sostiene en la presencia de la urbe y en una mirada que convierte la ciudad en un mosaico de experiencias humanas. El resultado es un retrato integral de la sociedad en *Gyeongseong*, capturado desde los múltiples ángulos que impone la realidad de la Corea ocupada.

El entramado narrativo adquiere espesor cuando se lo sitúa en el contexto histórico de la ocupación japonesa. En esta antología, la ciudad de *Gyeongseong* (hoy Seúl) no es un simple telón de fondo metropolitano, sino el producto de una modernización colonial profundamente desigual. Durante el periodo comprendido entre 1910 y 1945, la introducción de infraestructuras modernas, sistemas educativos y espacios de consumo coexistió con políticas de asimilación forzosa orientadas a erosionar la identidad coreana, entre ellas: la prohibición progresiva del idioma coreano, la imposición del japonés en la enseñanza, la educación ética imperial (*shūshin*) y la política de cambio de nombres (*sōshi-kaimēi*) redefinieron la vida cotidiana bajo una lógica de control ideológico. Esta “civilización”

impuesta fue accesible casi exclusivamente a japoneses y a una élite coreana reducida que generó una paradoja histórica, pues mientras la modernidad se exhibía como signo de progreso, la mayoría de la población era relegada a la precariedad.

Este trasfondo no se expone de manera explícita en la narrativa de Pak Taewon, pero se filtra constantemente en escenas aparentemente banales. La recurrencia de calles sin iluminación, lodazales y habitaciones frías —presentes en obras como *Un camino oscuro o Amor y deseo*— adquiere una dimensión histórica al comprender que el acceso a la electricidad estaba prácticamente monopolizado por la población japonesa. De igual modo, la presencia de mujeres que adoptan nombres nipones, tales como Hanako o Kimiko, remite tanto a las políticas de asimilación cultural como a la vulnerabilidad económica femenina, confinada a cafés, bares y vínculos de dependencia afectiva o sexual. Estas figuras encarnan una doble marginación: por género y por su posición dentro del orden colonial.

La novela corta *Un día en la vida del novelista Kubo* articula estas tensiones mediante la modernología, entendida como una observación minuciosa de la ciudad y sus habitantes. Kubo recorre almacenes, estaciones de tren y cafeterías; allí, entre símbolos del progreso colonial, su mirada no busca celebrarlos, sino exhibir su artificio y contradicciones. En la sala de espera de tercera clase de la estación de *Gyeongseong*, la modernidad se revela como un espacio de enfermedad, miseria y soledad, donde los cuerpos aparecen marcados por la exclusión. En dicho escenario, el ejercicio de escritura de Kubo se ve amenazado por un hombre de traje blanco cuya mirada sospechosa le obliga a cerrar su cuaderno. Este episodio ilustra la vigilancia constante en la metrópoli: esos “ojos dudosos” operan como una metáfora de la censura y de la presión asfixiante que el régimen colonial ejerce sobre el lenguaje y la libertad intelectual.

Dicha presión histórica se traslada al plano formal. La sintaxis extensa, la acumulación de frases, la supresión del punto no es un capricho, igual que la fragmentación episódica llevada al extremo en *El dueño del café Orquídea*, *Distancias* o *Contracción*, estos no responden únicamente a una búsqueda estética, sino que funcionan como una escritura bajo coerción. El lenguaje se vuelve denso, errático, a veces asfixiante, reflejando la imposibilidad de articular una experiencia coherente en un entorno vigilado. Así, la fragmentación narrativa no es solo modernista: es histórica.

A través de estos relatos, *Gyeongseong* emerge no como la promesa del desarrollo colonial, sino de escenario de desorientación habitado por sujetos que el progreso ha dejado atrás. Park Taewon elude el panfleto para convertir la *modernología* y el aislamiento en estrategias de preservación ante un entorno desfavorable. La obra demuestra que cuando es confiscado y vigilado el espacio público, el repliegue hacia la conciencia y la exploración de las formas narrativas funcionan de frontera inexpugnable. En su compleja densidad, el lenguaje se configura, así como el último territorio de la resistencia cultural.